EL RARO SILVERIO LANZA

La realidad es que casi todos nosotros lo habíamos oído nombrar alguna vez, pero casi ninguno había tenido ocasión de leer sus obras ni de adquirir una opinión relativamente concreta sobre su figura. Me estoy refiriendo a Juan Bautista Amorós, que nace en Madrid en 1856 y muere en Getafe en 1912, después de haber publicado una serie de obras con el seudónimo «Silverio Lanza».

La Editorial Alfaguara, que está desarrollando un muy inteligente plan de ediciones, ha tenido ahora el acierto de ofrecernos un volumen dedicado a Silverio Lanza (1). Comprende una amplia selección (450 páginas) de sus relatos y un excelente estudio preliminar del catedrático de Salamanca Luis S. Granjel, colaborador de esta revista, especializado en la generación del 98 y en sus «maestros y amigos».

Ahí encaja Lanza, según el juicio más frecuente, y participa así de esa nebulosa indeterminación propia de los precursores y epigonos de todo gran movimiento literario.

Al título del volumen que ahora aparece antecede otro que debe ser de la colección así iniciada: «Los raros». No cabe duda que tal calificación cuadra perfectamente a Silverio. Al margen de los tópicos valorativos, e incluso de la popularidad crítica, éste se nos aparece hoy, fundamentalmente, como un *raro*. En muchos aspectos: personalmente, en sus teorías, en su obra literaria. Veamos algo de esto.

En su persona, ante todo: el rasgo más conocido es el de su traslado al pueblecito de Getafe, huyendo de la gran ciudad. Granjel diagnostica rotundamente: «Casi nula capacidad para la convivencia». A su casa acudieron muchos de los principales representantes de la joven promoción literaria, y en este volumen hallamos sus juicios. Recordemos sólo el de Baroja (en *El tablado de Arlequín):* «Este hombre es el ingenio más frenético y desarreglado de nuestra época». La opinión tiene un especial valor si tenemos en cuenta de quien procede. Otro rasgo muy interesante señala Granjel: «La necesidad de mujer le llevó a la aparente misoginia». Por aquí podríamos enlazar con la figura de otro gran *raro,* precursor indudable del 98: Ganivet.

La rareza se da especialmente, por supuesto, en las ideas de Lanza. El lector ingenuo quedará fácilmente desconcertado al advertir la coexistencia de opiniones que normalmente suelen excluirse. Para entendernos claramente, digamos que en Lanza existen ideas de una modernidad, de un interés evidentes, junto a otras que parecen residuo de concepciones ya superadas en la época en que él escribe. No se trata

(1) Juan Bautista Amorós, «Silverio Lanza»: *Obra selecta.* Selección y estudio preliminar de Luis S. Granjel, ediciones Alfaguara. Colección «Los Raros». Madrid-Barcelona, 1966.

sólo de la distinción (que podemos hacer en todo autor del pasado) entre elementos que siguen vivos para nuestra sensibilidad contemporánea y otros que son pura reliquia histórica. Las antinomias, en Silverio Lanza, son más profundas, como corresponde a su carácter personal y al momento en que escribe.

Sánchez Granjel ha distinguido con gran claridad dos factores, aparentemente irreductibles, que se integran en su pensamiento. De un lado, una «ideología anarquizante, enemiga de los convencionalismos sociales vigentes en su tiempo». Por otra parte, la adhesión a unos «ideales de vida peculiares de la casta de hidalgos, de la que nuestro personaje es arquetípico representante».

Pasemos ya a la obra literaria de Silverio Lanza. Se nos ofrecen, en este volumen, una novela *(La rendición de Santiago),* una serie de relatos cortos y varios fragmentos de obras extensas. En conjunto, una muestra más que suficiente para apreciar la importancia y los caracteres de la obra de Lanza, sobre todo si a esto se une el acertado trabajo de introducción realizado por Luis S. Granjel.

La novela (del año 1907) logra ganar todo nuestro interés y, en gran medida, nuestro entusiasmo. Observemos el título simbólico: *La rendición de Santiago.* Cuánto puede sugerir una sola palabra, si es acertada: *Rendición...* Santiago, el protagonista, es, sencillamente, un buen chico que se ve lanzado a la vida sin armas suficientes. Es el gran tema del adolescente cuyos ideales son destruidos por la sociedad materialista; el tema que, según Lukács, caracteriza en gran medida a la novela europea contemporánea. Pero aquí nos movemos en un escenario muy concreto, que nos toca muy de cerca. Santiago es un espontáneo (un ingenuo, según la terminología clásica) que se ha lanzado al «ruedo ibérico» sin saber torear, y que aprende a vivir, como el pícaro, a fuerza de revolcones. Cada renuncia a un ideal, cada indignidad concreta supone un escalón más hacia el éxito social. Al final, Santiago acaba de cacique, la figura a la que más odia Silverio Lanza, igual que Lázaro de Tormes terminaba de cornudo, en la cumbre de su próspera fortuna. Aparece entonces el autor para dialogar con su personaje (igual que Unamuno con Augusto Pérez), y al afearle su conducta, su rendición, Santiago le contesta, con implacable sencillez: «Es verdad, pero no hay remedio. Aquí hay que ser víctima o verdugo.» Da miedo pensar cuántas veces se repite a nuestro lado (quizá en nosotros mismos) esta historia.

Silverio Lanza critica implacablemente a los caciques, la organización del ejército, los hospitales, la democracia, la enseñanza oficial; a los críticos, policías, jueces, sacerdotes...

Para explicar una obra original, el crítico profesional suele recurrir a la comparación con posibles modelos clásicos. Sigamos este sesudo y

cómodo procedimiento, que tiene la ventaja de «situar» con relativa rapidez al autor a los ojos de los lectores que lo desconocen.

Al comienzo de su novela, Silverio Lanza advierte: «Aún está usted a tiempo de dejarme, lector y señor mío.» Este libro «le dirá solamente lo que usted sabe». El desenfado con que trata al lector nos recuerda al Quevedo desenmascarador de hipócritas en los «Sueños»: «Si le quieres leer, léele, y si no, déjale, que no hay pena para quien no le leyere. Si le empezares a leer y te enfadare, en tu mano está con que tenga fin donde te fuera enfadoso... Y al fin, si te agradare el discurso tú te holgarás, y si no, poco importa, que a mí, de ti, ni dél se me da nada» (2).

La obra de Lanza tiene una perspectiva simbólica, fruto de su mirada intelectual, que nos recuerda al otro gran barroco, Gracián. No cabe resumir mejor esto que como lo hace Granjel en su estudio preliminar: «Describe, más que el mundo... la entraña que esta realidad esconde; sus personajes son cada uno símbolo de una casta, un estamento o una actitud social; lo que a tales criaturas de ficción les acaece es, asimismo, testimonio del modo de obrar los resortes que gobiernan, en opinión de Amorós, la vida comunitaria española» (página 37).

En definitiva, el núcleo básico de esta obra es la visión crítica de España, de la sociedad española. En este sentido, como señaló Ramón Gómez de la Serna, Silverio Lanza es un verdadero sucesor de Larra.

Junto a estos problemas ideológicos, nos interesa subrayar la originalidad técnica de la novela. Se incorporan a la narración verdaderos ensayos sobre sociología o política, como en las obras de Pérez de Ayala. Pero, a la vez, Silverio es maestro, como Baroja, en el arte de crear un diálogo vivo, popular, realmente coloquial, compuesto de frases cortas llenas de fuerza, de desgarro y de vida auténtica, al margen de los libros.

En los cuentos, Lanza se inclina decididamente del lado ideológico. Su pensamiento se expresa en fórmulas de una rotunda, conmovedora ingenuidad: «Patria: sé madre y tendrás ciudadanos.» «Venid con nosotros (dice nada menos que al Papa), que al fin nosotros hemos de poder contra todos.»

¿Quiénes constituyen ese «nosotros»? El novelista nos lo dice, sin temer recurrir a la fórmula: «Tomo la voz de los que tienen hambre y sed de justicia.»

Muchas veces cae del lado del «idealismo absoluto» (Serrano Pon-

---

(2) Prólogos dirigidos «al pío lector» y «al ingrato y desconocido lector» de *El alguacil endemoniado y licenciado Calabrés* y *El sueño del infierno*, respectivamente. Cito por la edición de «Obras en prosa», de Aguilar, 4.ª edición. Madrid, 1958, pp. 133 y 141.

cela). Pero también aclara, con sencillez y modernidad indudables: «La realidad se encarga de hacer la crítica de todas las filosofías.»

Quizá lo más característico de Silverio Lanza sea el especial sabor agridulce de muchas de sus frases, la lógica implacable, nacida de una evidente amargura: «La intolerancia es un sistema que se abandonará pronto, porque produce mal resultado... Es necesario que nos amemos, aunque sólo sea porque odiándonos vivimos muy mal.»

Hemos querido trazar, con rasgos muy sueltos, casi inconexos, esta imagen de Silverio Lanza que aspira sólo a suscitar el interés por una figura que tanto lo merece. Debemos ahora alabar como es justo la excelente introducción (120 páginas) que ha puesto Granjel a este volumen, y que tanto hemos utilizado nosotros en este comentario. Gracias a él disponemos, por primera vez, de una biografía minuciosamente elaborada, un estudio de toda su obra literaria y una inteligente apreciación de su ideología. Silverio Lanza ha encontrado en Granjel al paciente investigador y al crítico sensible que su obra precisaba: Después de su estudio, después de esta edición, Silverio Lanza posee ya un puesto importante en la historia de nuestra literatura contemporánea. Para los jóvenes, para todos los inquietos, debe ser una interesantísima revelación este Silverio Lanza inconformista, raro, ibérico, contradictorio, desmesurado...—ANDRÉS AMORÓS.

PEÑA Y GOÑI, Antonio: *España desde la ópera a la zarzuela.* Alianza Editorial. Madrid, 1967, 265 pp.

Uno de los libros más raros de nuestra musicología, de los más caros y más perseguidos entre las librerías de lance es *La ópera española,* de Antonio Peña y Goñi. Gran acierto, pues, el de «Alianza Editorial» al publicarlo en su leidísima colección; al aparecer tan pronto un libro de música se nos alegran las campanillas pensando que ese acierto es también símbolo de una preocupación musical. Peña y Goñi es «el crítico» en la España de la Restauración; está Esperanza y Solá, ciertamente, pero a muchas millas de distancia. Peña y Goñi no es lo que hoy llamamos un musicólogo, sino simple y sencillamente un crítico. Es el crítico de la época, porque, en primer lugar, es un excelente escritor, académico y castizo, castelarino, pero con los ojos muy abiertos hacia el detalle humano. Ignoro muchísimas cosas, incluso con referencia al tema central de su libro y de su vida; no sabe aprovechar la cercana erudición de Barbieri, pero después de los libros increíbles de Soriano Fuentes, de los desordenadísimos de Saldoni, el de Peña y